



Center for Inter-American Relations

Public Affairs

THE OPPOSITION DURING TRANSITION: PROBLEMS OF UNITY, CONFLICT,
COMPROMISE AND COALITION

Tomás Moulian
October, 1980

A comment on

TRANSITION: CONDITIONS AFFECTING RESTORATION OF DEMOCRACY

Edgardo Boenninger
September, 1980

Prepared for presentation at

DEMOCRACY IN CHILE
Bellagio, Italy
October 27-31, 1980

Discussion paper: Not to be
quoted or reproduced in any
form without written permis-
sion from both the author and
the Center for Inter-American
Relations.

Se ha dicho, con ironía pero también con cierto desencanto, que solamente los partidos parecen haber salido indemnes de la crisis por la que ha atravesado la sociedad chilena. Evidentemente se trata de una exageración pero reveladora de una paradoja. Pese a la represión y a las persecuciones, todavía prevalece en el campo democrático la "partidización" de la política. Este intento se caracteriza por un sistema institucional casi idéntico al de 1973, con las mismas redundancias y repeticiones, hoy día agravadas por la imposibilidad de validar las invocaciones de representación y por una relación partido-organizacionales sociales con algunos cambios, pero bastante semejante a la de entonces.

De esta situación se deriva una consecuencia analítica. Pese al desarrollo de una "sociedad civil" democrática más autónoma, densa, rica y diversificada que la que conocíamos, hablar de la oposición sigue siendo escudriñar la función de los partidos, los cuales todavía representan la "clef de voûte" del sistema.

Analizaré separadamente la situación de la Izquierda y de la Democracia Cristiana, para luego reflexionar sobre el movimiento democrático en su conjunto.

1. La Izquierda: crisis y transformaciones

Se ha socializado la idea de una crisis de la Izquierda. Es sabido que la palabra no tiene significaciones claras y unívocas. Muchas veces el término es usado para describir contradicciones, que no encuentran resolución dentro de un marco estructural; con ella se señala un proceso ineludible. Otras veces el énfasis se pone en la asimilación entre crisis y destrucción o muerte. Sus síntomas serían la fragmentación y la desarticulación, la pérdida de identidad, el debilitamiento de las creencias tradicionales y de las certezas consagradas. Toda crisis es definida como negatividad, sin percibir que a menudo las rearticulaciones y reajustes de las formas institucionales precedentes en-

vuelven un proceso de maduración (revestido de algunas formas exteriores de la destrucción) en vez de un proceso de disolución.

En todo caso la crisis actual de la Izquierda, que de ser adecuadamente afrontada permitirá ricas posibilidades de crecimiento y de readaptación creativa, tiene un carácter global. Esto significa que combina una crisis del conocimiento y una crisis de la práctica.

Crisis de conocimiento

La Izquierda chilena, desarrollada dentro de la tradición marxista, siempre ha asociado política y conocimiento. Este último debe proporcionar, más que un saber técnico o histórico, una teoría respecto a los fundamentos de la sociedad capitalista, respecto al sentido de la política y a las condiciones del desarrollo histórico.

Hasta 1973, pese a que ya existía en el mundo la conciencia de una crisis del marxismo, la Izquierda chilena vivía segura dentro de un universo de certezas. Las discusiones, muchas veces ásperas y contradictorias, no tenían por objeto la teoría misma si no los problemas de su aplicación en el análisis de la realidad política chilena. Se ponían en duda las conclusiones derivadas de la utilización de un paradigma común, pero no se cuestionaban las tesis centrales de la teoría ni sus fundamentos ni sus pretensiones de científicidad absoluta.

La situación es hoy día radicalmente distinta. Dos han sido los principales factores modificatorios: i) los efectos de la derrota en la conciencia de validez de los instrumentos teóricos que la Izquierda usaba, principalmente sobre la certeza que el marxismo constituya la única ciencia social y ii) los efectos amplificadores producidos por el clima de crisis del pensamiento marxista que hoy es sentido común en los principales centros intelectuales y políticos del movimiento comunista occidental.

Esa crisis de conocimiento abarca tanto los fundamentos como los análisis de la sociedad chilena. El cuestionamiento de los fundamentos contiene, a su vez, una revisión de la teoría y un debate respecto al sentido de la política, a su objeto y a sus formas de realización.

Si miramos la evolución ideológica de largo plazo de la Izquierda se observa que las concepciones de la política y de la resolución que han tenido mayor influencia corresponden a lecturas diferentes de Lenin, sea por boca de Stalin, de Trotsky, del PCUS o de los cubanos. Todas esas lecturas contienen, más allá de sus diferencias los siguientes elementos comunes: una concepción del socialismo, cuya médula era la organización del Estado como dictadura del proletariado; una concepción de la política, concebida más como acumulación de fuerza que como constitución de hegemonía; y una concepción del acto revolucionario, entendido como ruptura del aparato estatal precedente, visto como acto fundante de una hegemonía de nuevo tipo, impensable antes de esa operación sumultánea de disolución y de creación. En síntesis, la Izquierda chilena se ha alimentado de ese marxismo reduccionista que ha sido el leninismo, mucho más simplificado todavía en las versiones del stalinismo, del trostkismo o de otros herederos.

Ese reduccionismo ha afectado ciertos núcleos esenciales de la concepción original del marxismo, como fundamento racional del socialismo. Entre los principales problemas que han influido pesadamente en el proyecto político de la Izquierda chilena se encuentran: i) la simplificación del análisis del Estado, reducido a un instrumento que una clase manipula libremente en función de sus necesidades de aplicación de fuerza y en función de sus intereses casi exclusivos; ii) la simplificación del análisis del Estado democrático-burgués, que se asimila, sin pensar en las especificidades y diferencias, a una dictadura tout court; iii) el análisis abstracto y ahistórico de la estructura de clases,

que simplifica la oposición burguesía-proletariado y que piensa la relación clase obrera-partidos de Izquierda de una "forma ontológica" o según la lógica de los "sujetos pre-constituidos"; iv) la pobreza reduccionista en el análisis de las ideologías operantes en la sociedad chilena y la simplificación del problema de los significados de clase de ellas; v) la debilidad del análisis sobre el desarrollo capitalista chileno, especialmente, manifiesto en la idea de una crisis sin solución, de lo cual se derivó una justificación "desarrollista" del socialismo, concebido como forma ineludible de enfrentar los problemas del estancamiento económico.

Es conveniente mirar con mayor detalle alguna de estas operaciones reduccionistas. Aunque en todas ellas opera un mismo principio de simplificación, ese empobrecimiento de las significaciones dificulta especialmente la comprensión de la estructura de fuerzas sociales que actúan en la política chilena y el planteamiento adecuado del problema de las alianzas. Esta temática se formula de un modo "economicista", lo que tiene relación con el funcionamiento de un paradigma teórico que reduce los problemas ideológicos a estrategias de ocultamiento de los intereses materiales y que establece la relación clase-partido según el modelo "ontológico". Ese modelo piensa el socialismo como interés objetivo y real (imputado) de la clase obrera e inversamente le asigna a los partidos que invocan el socialismo (y que lo invocan según la "recta doctrina") el carácter de representantes per se de la clase obrera.

Ese instrumento teórico, con el cual el análisis de clases se convierte en una deducción abstracta, conduce a interpretaciones optimistas y voluntaristas que impiden comprender la fuerza adquirida entre los sectores populares por ideologías no socialistas. En el caso chileno impidieron entender la significación política de la Democracia Cristiana y plantear adecuadamente el problema de la constitución de un bloque mayoritario.

Las certezas que habían constituido el universo teórico de la Izquierda entraron en crisis global de una forma progresiva, lenta y contradictoria, como consecuencia de la derrota. Durante un tiempo la forma más típica de analizar el problema fue culpar de los errores políticos cometidos al ultraizquierdismo o, en su defecto, al reformismo. Ese tipo de análisis no cuestionaba de una manera global los fundamentos teóricos comunes y la concepción también común de la política que, por encima de las diferencias, unificaba los dos enfoques que habían estado en pugna. Suponía que el desastre había sido efecto de la incapacidad de cualquiera de ellos de imponerse sobre el otro, sin distinguir que ambos eran variaciones de un paradigma común.

Este universo de certezas era cómodo pero no ha podido sobrevivir. Su crisis actual es resultado también de las experiencias históricas vividas en el marco del autoritarismo. El aniquilamiento del Estado capitalista democrático no solamente ha significado la privación de libertades, también ha representado el cambio brutal del escenario de la política, lo que debe obligar a una redefinición de sus objetivos, ámbito, formas y contenidos.

Cada día estamos exigidos a formular la pregunta ¿cómo hacer política en estas condiciones nuevas y originales? Ellas lo son porque está cambiando muy radicalmente la sociedad: se cierra el espacio público pero además el mercado desplaza al Estado como factor conectivo de la vida social. Por lo tanto la pregunta planteada no se responderá adecuadamente quedándose al nivel de los medios y recursos de la política, donde la discusión sobre las formas de la acción escamotearía el problema medular. Detrás de la pregunta sobre cómo hacer subyace otra, más radical, sobre el sentido mismo de la política, por lo tanto sobre sus objetivos. La discusión que tiene lugar en Francia o en Italia sobre ese tema demuestra que no solamente está en cuestión el hacer política en las dictaduras. Pero en Chile, donde la Izquierda ha estado acostumbrada a la intermediación de las masas ante el Estado, es todavía más urgente redefinir los objetivos. Seguir

aferrados a esa concepción estatizada de la política significa hoy día quedarse sin espacio y sin campo o seguir construyendo alternativas cuyo supuesto es la existencia de espacio estatal. Por ello la crisis de conocimiento que enfrenta la Izquierda es global. Estamos obligados a partir de una crítica de la concepción de la política.

Dentro de ese marco el cuestionamiento en curso de los paradigmas teóricos, que encierra la pregunta sobre los contenidos actualmente válidos del marxismo, no es un proceso abstracto-intelectual ni siquiera étipo-político. Es el efecto en el nivel teórico de una discusión, planteada por la práctica, sobre el sentido de la política en nuestra sociedad, sobre las posibilidades y condiciones de una política de Izquierda.

Crisis de la práctica

Aunque por necesidades del discurso distinguimos crisis de conocimiento y crisis de la práctica sabemos que la separación es forzada y puede llegar a ser reduccionista, ya que conocimiento y práctica son momentos indisolublemente ligados de la política. Este peligro es mayor en el caso presente puesto que la situación histórica nos pone en la necesidad de dudar, no solamente de las formas del socialismo o de su posibilidad, sino también del sentido de la política, por lo tanto de los objetivos cotidianos de la acción.

Sin embargo, hay expresiones específicas de esta crisis de la práctica que son susceptibles de ser tratadas analíticamente aparte. Una de ellas es la ineficacia demostrada por formas organizativas que se basan en el paradigma burocrático.

La idea jacobina de la organización, que pone el énfasis efectivo más en el momento centralista que en el momento democrático, es todavía considerada como forma ideal, como meta hacia la cual tender o representa una estructura inerte que permanece como hábito organizacional aún cuando se ha dejado de creer en ella. Lo

más común es que todavía hoy día exprese el mito organicocional de la Izquierda, fuerte incluso en los partidos menos institucionales, cuyo orden constituye más una maraña que un tejido. El partido se concibe como estructura jerarquizada y vertical, aunque en la realidad no funciona ni pueda funcionar así. La lógica de este modelo jacobino sería constituir la respuesta "revolucionaria" a los procesos de centralización del poder, realidad escondida de los Estados democráticos modernos y realidad evidente o explícita de los Estados capitalistas de excepción.

Este jacobinismo orgánico produce una doble escisión: entre dirigentes-militantes y entre partido-masas. La jerarquización y el verticalismo reproducen dentro del partido la división social entre trabajo intelectual y manual. Según los cánones de la ortodoxia orgánica la acción del militante debería estar rigurosamente pauteada y significar la aplicación en el terreno de líneas elaboradas por el centro dirigente, en cuyas manos está concentrada la función intelectual del partido. Este paradigma produce un cierto tipo de militantes, que se educan en una cultura política autoritaria, que se perciben así mismos como ejecutantes y que veneran el sometimiento disciplinario en lugar de la autonomía creadora. Este verticalismo, reflejo orgánico de una concepción teórica del partido, no solamente secreta una cultura política autoritaria, además es sumamente ineficiente en las situaciones en que el tejido comunicativo de la sociedad no puede desarrollarse libremente. Esta expropiación de las funciones intelectuales del militante y su concentración en un centro quizás funcione (aunque lo lamentemos por nuestra definición del socialismo y de la política) en una sociedad con espacio público y con interacción comunicativa abierta. Pero es imposible que pueda operar con fluidez en las condiciones de clandestinidad. La paradoja consiste en que esa forma orgánica se considera la mejor y casi la única adecuada para las situaciones de dictadura. Pero es justamente en ellas donde sus insuficiencias

aparecen más nítidas. El centralismo, en vez de asegurar la conexión entre cúspide-base y la unidad de acción, actúa como un factor atomizador. La expectativa que internaliza el militante de recibir desde arriba normas y principios directivos, inhiben su propia elaboración creadora. Esas conductas subordinadas producen un permanente retardo respecto a las exigencias de la acción, cuando no generan un absoluto inmovilismo.

Lo más importante es que esa escisión interna produce y reproduce una separación simétrica partido-masas. Esta segunda separación tiene su aparente justificación en la idea del partido como vanguardia teórica (poseedora de la verdadera ciencia de la política y la histórica) y orgánica. El iluminismo teórico predetermina una práctica "externalista" o burocrática puesto que lleva a definir al partido como guía de las masas, como aquél que rompe el cerco que aprisiona sus conciencias. Como el único que puede seleccionar las reivindicaciones justas y determinar las acciones adecuadas. El paradigma burocrático abomina de la creatividad espontánea y no controlable así como sospecha de la iniciativa autónoma de los militantes.

En las situaciones de reflujo histórico, donde el cerco disciplinario atomiza a las masas y desarrolla las conductas de retraimiento o de adaptación individual, estas prácticas "iluministas" y estas relaciones de externalidad tienden a producir el encapsulamiento de los partidos y a limitar su esfera de influencia al universo cerrado de los sectores más politizados de la sociedad. Tiende a cristalizarse un ghetto con lenguaje y ritos para inicianos; que pueden no tener mucho que ver con las necesidades cotidianas de las masas y que, por lo tanto, no pueden ni sintetizarlas ni universalizarlas.

Resumiendo

Existe hoy día una Izquierda con conciencia de atravesar por una crisis global. Entre algunos sectores esa conciencia está

intelectualmente elaborada, entre la mayoría es simplemente una constatación fáctica. Los problemas de la política cotidiana ponen en evidencia por sí mismos los límites de un saber y un hacer que creíamos consagrados.

Esta crisis puede ser creadora y renovadora. Pero si no la asumimos y no hacemos de ella un objeto de análisis, que escudriñe en sus orígenes, procesos y consecuencias puede ser también fragmentadora y desarticulante. Esto último es siempre un momento de toda crisis pero también puede ser la consecuencia final de una crisis que se elude.

2. La Democracia Cristiana: la ilusoria ausencia de una crisis

Mientras para la Izquierda la idea de una crisis constituye hoy día un fermento creador que la tensiona y la redefine, la otra gran fuerza opositora parece seguir viviendo segura de su identidad y de sus significados sociales. Pero sus dilemas y sus carencias son hoy día similares a los que la condujeron al aislamiento, durante el gobierno de Frei, y a la impotencia en el momento del golpe.

En 1958 la Democracia Cristiana abandonó la política aliancista para aventurarse en la estrategia del camino propio, cuyo fundamento racional era una concepción alternativa de sociedad, diferente del capitalismo y del socialismo. Es efectivo que con esa estrategia pudo encontrar espacios de crecimiento e impulsar una política que le permitió organizar y dirigir a sectores que atravesaban todo el espectro social, atraídos por algunas de las múltiples significaciones de la DC, el desarrollismo, la posibilidad de cambios profundos pero graduales o la capacidad hegemónica del cristianismo social. Sin embargo, esa política que en un momento pudo concretar resultados exitosos se ha convertido en una estrategia permanente y en una a-histórica definición de identidad política.

La mantuvo durante el gobierno de Frei y trató de conservarla en el período 70-73, hasta que la extrema agudización de los conflictos la obligó a sumarse defensivamente en la estrategia que condujo al derrocamiento. Hasta el final vivió con la ilusión de jugar su papel centrista, que consistía en obligar a la UP a una negociación en que modificara su programa y sus metas. Hoy día sigue viviendo el perpetuo dilema del centrismo en las situaciones de un espectro polar. Esa pretensión se manifiesta hoy día en el deseo de escapar de los bloques o de las alianzas formales para mantener la "pureza" que le permita ser el pivote en torno al cual se articulen las oposiciones de Izquierda y de Derecha.

Esta pretensión centrista podría ser calificada de realista si ella no escondiera una básica ambigüedad : la ausencia de una teoría de las relaciones entre democracia y capitalismo. A través del tiempo se ha ido debilitando la perspectiva alternativa que inspiró la política de la Democracia Cristiana. Hoy día su crítica global al capitalismo y la formulación a partir de ella de una concepción comunitaria se ha diluido como base racional de su estrategia. Actualmente su centrismo corresponde menos a la visión realista de posibilidades históricas que a una concepción pragmática de la política. Esa evolución ha empobrecido su comprensión de los capitalismos autoritarios y la ha conducido a plantear la democracia en ese tipo de sociedades de un modo escindido y separado, como un problema doctrinario.

3. El movimiento democrático

Hemos hablado de la Izquierda y de la Democracia Cristiana como entidades separadas. Es indispensable hablar del movimiento democrático. Más de alguien preguntará con sorna dónde está?, constituye algo más que nuestro deseo metamorfoseado en un nombre resonante? Efectivamente, no existe como tal pero están todos los gérmenes y las posibilidades, siempre que sepamos construirlo sin esquemas predeterminados y sin impacencias voluntaristas.

Crisis de una perspectiva

El punto de partida será tratar de descubrir los fundamentos de una forma de ver la situación que, entre ciertos sectores, ha surgido con mayor fuerza como consecuencia del fin del proceso de legalización de la dictadura militar.

El elemento central es la idea de un escenario cristalizado. El acto plebiscitario, aunque no legítimo, habría creado legitimidad o reflejaría una correlación de fuerzas inalterable. La dictadura, usando sin escrúpulos del orden estatal, se habría consolidado, obligando a la oposición a aceptar las condiciones definidas de hacer política, o a esperar pacientemente que maduren las contradicciones internas, adoptando el papel de un espectador ansioso pero marginado.

Esta definición de la situación ha generado actitudes de desencanto o de impotencia, que en su forma límite revelan una fetichización del poder de la fuerza. Con el tiempo la dictadura adquiere en las conciencias la forma distorsionada de un hecho natural, con lo cual su desarrollo es percibido como una evolución interna, cuyo curso casi escapa a las posibilidades de la acción histórica.

Por ello, el llamado al realismo es uno de los componentes de este clima. No habría nada que objetar contra esa tendencia porque en política siempre es conveniente distinguir lo deseado de lo posible, pero el problema consiste en que el pesimismo actual es una prolongación del triunfalismo de ayer. Ambas actitudes están asociadas a una definición liberal de la lucha contra la dictadura.

Esta perspectiva forma parte de una concepción del mundo optimista y racional, uno de cuyos epitomes es la idea que el tirano encarna una maldad evidente y universal y por ello debe ser odiado por todo el pueblo. Los despotismos, al revelar con cada acto su perversión, se irían aislando hasta quedar finalmente reducido al

apoyo complice de una camarilla.

Este optimismo racionalista se convierte en su contrario con enorme facilidad. Le revela aceptar que una dictadura pueda movilizar, por razones de intereses, ideológicas o políticas, adhesiones pasivas o activas. Cualquier evidencia en contrario lo sume en el desconcierto y en un pesimismo que magnifica los apoyos sociales de la dictadura, por lo mismo que le parecen moralmente inaceptables y políticamente aberrantes. Se trata de la otra cara del triunfalismo.

Ambas actitudes son el reflejo de una perspectiva liberal, uno de cuyos componentes es un rechazo absoluto y doctrinario de la fuerza. Como le horroriza por principio que un tirano que aplasta la libertad pueda movilizar apoyos y lealtades políticas o ideológicas, atribuye esta anomalía a la corrupción del pueblo, cuya conciencia ^{es} prisionera del conformismo o del temor. Pero con ello se pasa de la idea de la debilidad intrínseca del déspota a su contrario, la fuerza invencible de este.

Del voluntarismo se desemboca entonces en el evolucionismo. ¿Qué se puede hacer contra un pueblo alienado y una fuerza desencadenada? Solamente esperar la lenta transformación (conversión) de esa masa engañada, impotentes por haber descubierto con sorpresa que no se revela unánimemente contra las violaciones constantes de la libertad.

La verdad es que el plebiscito no ha mostrado nada que no supiéramos, tanto respecto a las formas del uso del poder por parte de una dictadura con proyecto de clase como respecto a la naturaleza de sus apoyos sociales. Pero el pesimismo que ha cundido entre algunos revela la debilidad de una concepción liberal-moralista que fluctúa entre los extremos del triunfalismo y de la impotencia..

Frente a esta perspectiva que conduce a los errores simétricos de la ilusión y del fatalismo es indispensable plantear la lucha contra la dictadura como el enfrentamiento de un proyecto de sociedad ya en desarrollo, cuyas significaciones son, por lo mismo, múltiples, con un movimiento social alternativo que solamente podrá negar eficazmente el orden autoritario cuando socialice su propio proyecto como experiencia práctica de masas.

Crisis de otra perspectiva

Pero también está en bancarrota otro tipo de concepción, aquella que enfoca la construcción del movimiento democrático de una manera organizacional. Esa perspectiva reduce el problema a la constitución de una alianza entre partidos. Sin embargo ese modo de análisis es simultáneamente inviable e insuficiente.

El primer atributo tiene relación con las reiteradas dificultades históricas para construir ese bloque. En ello han operado algunos fantasmas y remoras del pasado, pero también las diferencias de análisis táctico y de proyecto. Algunos de esos obstáculos podrán remontarse, en la medida que la práctica común y la interacción comunicativa que generan vayan borrando las visiones maniqueas o paranoicas.

Pero lo más importante es que esa perspectiva organizacional se basa en la lógica de los sujetos constituidos. Ella opera con la idea que la suma de las partes constituirá una realidad cualitativamente nueva. Es menester poner en duda esa visión porque no toma en cuenta los procesos de recreación en curso, las crisis eludidas o la diversificación del tejido social, que tras la superficie, se va gestando.

Un bloque nacional-popular

El período presenta un rasgo continuo: la imposibilidad por parte de la Oposición democrática de generar movilizaciones cons-

tantes o crisis de gobernabilidad. No es difícil comprender las razones cuando se conoce el tipo de experiencia y de cultura política que se desarrollaron en Chile durante la vigencia del Estado capitalista de compromiso. Hay que agregar los procesos de reorganización y recreación a que ha estado sometida parte importante de esa Oposición y el papel inmovilizante del miedo, el cual cobra significaciones muy fuertes en una sociedad donde la política pocas veces estuvo asociada a la amenaza de muerte. Pero hay además un problema muy central: la incapacidad de construir la verdadera base orgánica de una política democrática en el momento actual. La antigua concepción cupular de la política, quizás ineludible en un Estado representativo, sigue vigente todavía. Por ello la construcción de un bloque nacional popular se ha abordado como una negociación de las direcciones partidarias en vez de pensarlo como la construcción, simultáneamente abajo y arriba, de un movimiento diversificado que convoque a partidos y organizaciones sociales y personas en torno a un programa de re-creación democrática.

Mientras ello no ocurra permanecerá la apariencia de un sombrío inmovilismo, sólo cortado por momentos efervescentes, después de los cuales vuelve a reinar el silencio.

Ese movimiento recreador deberá recoger y sintetizar las múltiples experiencias sociales de este tiempo. El puede dar cuenta, mejor que los partidos, de la riqueza de esas transformaciones. Al mismo tiempo su gestación y desarrollo permitirá acelerar los movimientos de restructuración que ellos viven.

La tarea es re-crear la democracia. Por ello este movimiento democrático debe ser pensado como un bloque nacional-popular. Es necesario la máxima amplitud pero constatando que una democracia renovada necesita de profundos cambios de la actual organización económica. ¿Cómo pensarlos sin caer en la solución estatizante que siempre nos ha parecido el epítome de una política progresista? Ese es uno de los múltiples desafíos que se enfrenta.

Nota general

En la elaboración de este trabajo soy tributario de muchas influencias. Especialmente quiero citar los artículos de José Joaquín Brunner "La Izquierda: una identidad en la encrucijada" y "La Izquierda: condiciones de esperanza" y de Manuel Antonio Garretón "Vigencia, crisis y renovación de los partidos de Izquierda". Los términos "método ontológico" y "sujetos pre-constituídos" los he tomado prestados de Brunner y Lechner respectivamente, de artículos de ambos todavía inéditos.